

LA COMUNIDAD DE TAIZÉ Y EL ESPÍRITU ECUMÉNICO DEL CONCILIO VATICANO II

José Miguel de Haro Sánchez

I

Hablar de la comunidad de Taizé relacionándola con el espíritu ecuménico del Concilio Vaticano II es destacar a sus dos principales protagonistas: El Papa Juan XXIII y al Hno Roger.

Taizé no sería lo que es sin Juan XXIII y el Concilio.

Igual que el Concilio encontró parte de su identidad en su apertura a los "signos de los tiempos", a la libertad religiosa, y a la comunión con las otras Iglesias cristianas.

El Concilio Vaticano II significó para la Iglesia Católica el reconocimiento del ecumenismo y fue su incorporación oficial a ese movimiento. Hasta entonces comprendía la unidad de los cristianos como el retorno de los cismáticos a la Iglesia de Roma.

No es en la Iglesia Católica donde se inicia este despertar ecuménico, sino en la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo, en 1910, donde se plantea la cuestión del testimonio común de los cristianos en la acción misionera.

El Concilio, con su Decreto "Unitatis Redintegratio", abandona viejas actitudes y entra en un lenguaje nuevo, con "ánimo benévolo" (nº 9), aclarando que "no existe auténtico ecumenismo sin una conversión interior" (nº 7). Pide que se enseñe la teología desde un punto de vista ecuménico para que "el modo y la manera de expresar la fe católica de ninguna manera se convierta en obstáculo para el diálogo con los hermanos" (nº 11). En definitiva, para que prime el "espíritu de caridad y no de rivalidad" (nº 18).

La presencia de observadores de otras confesiones cristianas fue muy enriquecedora para expresar una búsqueda que no supusiera bloquear las posibilidades de diálogo. El Decreto ofrece pautas concretas para ese diálogo. Entre los observadores, dos hermanos de Taizé.

Para comprender el itinerario ecuménico del Hno Roger considero oportuna una cita del teólogo Yves Congar, amigo de Roger y de la comunidad. Él dice que "hay ecumenismo [...] cuando se admite que otro es cristiano no a pesar de su confesión, sino en ella y por ella". No sé si conscientemente, pero esta afirmación está latente en el itinerario y en las intuiciones tanto del Hno Roger como de la Comunidad fundada por él.

II

La muerte violenta de Hno Roger se produjo el 16 de Agosto de 2005, en la Iglesia de la Reconciliación, durante la oración de la tarde. Una mujer mentalmente perturbada, que se había situado cerca de él, se levantó como para interesarse por alguno de los pequeños que había en esa zona, y le agredió varias veces con un cuchillo. El hermano murió momentos después.

Tras su muerte, la comunidad ha encontrado páginas inéditas en el diario de su fundador, en el borrador de unos escritos que comienzan con la frase "Te invito a la alegría". La obra quedó en una redacción preliminar. Contiene escritos redactados entre 1956 y 1963 sobre el anuncio del Concilio por Juan XXIII y los comienzos del Vaticano II. En el capítulo tercero Roger ofrece una mirada retrospectiva, cuarenta años más tarde, y habla del cambio que supuso en la vida de la comunidad la amistad con Juan XXIII.

Aunque Roger no tuvo tiempo de concluir este libro, el borrador está muy elaborado, por eso Les Presses de Taizé lo va a publicar el próximo otoño con el título TE INVITO A LA ALEGRÍA. He tenido acceso al borrador y por eso lo cito.

Una de las características notables del Hno Roger fue su capacidad para escuchar y generar confianza. La palabra "confianza" es una constante en sus escritos, pero también fue una actitud esencial en él. Sabía ayudar a descubrir el don de quien dialogaba con él. Sin imponerse, te acompañaba hasta descubrir lo mejor que había en ti. Sabía pasarlo todo por "la bondad de corazón". Así, hablando del inicio del Concilio Vaticano II en octubre de 1962, dice que, "Juan XXIII supo encontrar las expresiones que estimulaban a avanzar, sin preocuparse de escuchar a los profetas de la desgracia". El día de la apertura del Concilio, decía: "En la situación actual de la sociedad, estos profetas de la desgracia no ven más que ruinas y calamidades; dicen que nuestra época ha empeorado drásticamente, como si antes todo fuera perfecto; anuncian catástrofes, como si el mundo estuviera cerca del fin."

Y queda impactado por una expresión que el Papa dijo ese mismo día: "La Iglesia prefiere recurrir al remedio de la misericordia antes que empuñar las armas de la severidad." Esa será también la mirada de Roger hacia la Iglesia.

Estas expresiones, que reflejan una actitud esperanzada y de confianza en el ser humano, le impactan porque, de alguna manera, la incipiente y pequeña comunidad de Taizé ya estaba viviendo algo así.

En los años cincuenta, cuando el Concilio Vaticano II era impensable en el deseo de diálogo que se expresó, Roger escribía en la Regla de Taizé: *"Ábrete a lo que es humano y verás disiparse todo vano deseo de huida del mundo... ama a los desheredados... No temas jamás ser incomodado por ellos... Ama a tu prójimo, cualquiera que sea su horizonte religioso o ideológico"*.

Más recientemente decía: *"Quien busca unirse solo a los que piensan como él, toca de cerca la suficiencia que humilla"* (Carta de Haití). Por eso, entre otras, la acogida generosa no solo ecuménica sino también interreligiosa es una de las

realidades que ayuda a comprender lo que ocurrió en Taizé a partir de su presencia como observador en el Concilio.

¿Cómo fue eso?. Nos lo dice él mismo: "Fue el cardenal Gerlier, de Lyon, el que nos llevó ante Juan XXIII justo después de su elección. Queriendo colocar en su corazón la cuestión de la reconciliación de los cristianos, el cardenal pidió a Juan XXIII que su primera audiencia fuera para Taizé. ¿Por qué tan deprisa? El Papa era mayor, después iba a escuchar muchos testimonios, y era importante que se acordara bien de lo que le dijéramos".

Y lo que jamás pensaron, ocurrió. El hermano Max Thurian y él fueron invitados como observadores al Vaticano II. Lo cuenta así: *"Nos llenamos de agradecimiento, el hermano Max y yo, cuando comprendimos que quería nuestra presencia en este concilio como observadores. Recuerdo el día en que la carta llegó: estar invitados a formar parte de esa búsqueda colmó nuestros corazones de forma infinita".*

Esa decisión del Papa marcaría un antes y un después para la comunidad ecuménica de Taizé: *"La acogida excepcional que nos otorgó el Papa Juan XXIII en 1958, su apertura a la vocación ecuménica, la invitación que nos dirigió para participar en el Concilio Vaticano II, supusieron para nosotros un punto de inflexión. En muchas personas despertó un interés por la búsqueda que perseguía nuestra pequeña comunidad. Cada vez más jóvenes de distintos países vinieron a pasar unos días en nuestra colina. Después de veinte años de vida en común, nos sentíamos como lanzados a la plaza pública. Nos hicieron falta años para asimilar y comprender lo que nos estaba ocurriendo".*

Desde aquel 11 de octubre de 1962, asistieron a las sesiones conciliares pero, a la vez, en un pequeño apartamento de Roma, realizaron la acogida que les caracteriza invitando a la oración, a la mesa y al diálogo a muchos de los obispos y teólogos participantes en el Concilio. Roger dice: *"Deseábamos en primer lugar ser una presencia de oración. Así, no éramos más que cuatro o cinco hermanos para realizar juntos nuestra vocación esencial, que es la de mantenernos delante de Dios para que venga la unidad de todos en una sola Iglesia, para nosotros mismos permanecer en lo esencial".*

Hablando de su asistencia, escribe: *"Tuve a menudo la impresión de no estar hecho para participar en una asamblea así. Era bonito unas horas, pero día tras día durante tres o cuatro meses cada año, se hacía largo. Sin embargo, durante las cuatro sesiones del Concilio, de 1962 a 1965, no falté más que a dos mañanas. Leía por la noche los textos de Santa Teresa de Ávila. Ella me transmitía los ánimos para seguir".*

III

En el salmo 17 (18), versículo 30, se dice: "Fiado en mi Dios salto la muralla". Este versículo inspiraba al hermano Roger. A la semana de su muerte, el nuevo prior Hno Alois, me decía en una entrevista para el semanario Vida Nueva: "Es una bella característica decir del Hermano Roger, que ha sido alguien capaz de saltar muros. Como hermanos intentábamos seguirle como podíamos. Él nos ha enseñado cómo saltar murallas. Vivió muchas cosas antes de su tiempo, por ejemplo el muro que dividía a Europa. El Hermano Roger no aceptaba ese muro".

Traigo a referencia esta cita porque quiero decir que Roger abrió un camino siendo amigo de Dios; pero también implicándose en los trabajos por la paz, el perdón y la reconciliación entre los pueblos. Su preocupación no era un ecumenismo intra-eclesial, sino un amor por todo ser humano, creyente o no, cristiano o no. Como recordó en su funeral el Cardenal Walter Kasper al decir que una de las realidades que le hacían sufrir a Roger era *"la división entre pueblos y naciones, entre países ricos y pobres. Toda forma de injusticia o de abandono le entristecía profundamente"*

En la "Carta de Italia" (1981) se preguntaba: *"¿A quién no le gustaría abrir un camino de vida para aquellos que ama antes que cerrar la senda?"*. Y toda su vida ha estado dedicada a esa apertura de un camino de perdón y reconciliación consciente de que *"Dios nos propone ser creadores, y llegar a crear incluso en los momentos de prueba"* (*¿Presentes una Felicidad?*, 2001). Una creación que suponía ensanchar los límites del ecumenismo en un diálogo cada vez más respetuoso, propio de una Iglesia que quería abrirse y dialogar con todos en una actitud nueva que, en los años posteriores al Concilio, Taizé ha llevado a la práctica.

Ha buscado abrir un camino a la confianza que permitiera, no solo sacar de los inmovilismos a los hombres y mujeres implicados en los trabajos ecuménicos, sino que también facilitara la experiencia del Dios vivo a quien sufre con los pobres y heridos de la tierra. *"Hoy más que nunca se alza una llamada a abrir caminos de confianza hasta en las noches de la humanidad. ¿Presentimos esta llamada? (Ama y dilo con tu vida, 2002)*

Roger ha querido "trasladar montañas de resignación y de indiferencia" abriendo caminos de sentido y esperanza con una audacia y un lenguaje nuevos, marcado por el tono profético del impulsor del Vaticano II.

Recordando la última audiencia con Juan XXIII, escribe: *"nos expresó su visión de una reconciliación no sólo entre cristianos, sino entre todos los humanos. Nos habló de la paz mundial. Se sorprendió al ver sus gestiones tomadas en serio. Estaba sorprendido de que en el grave conflicto que oponía a rusos y americanos a propósito de Cuba, su llamada fuera escuchada: el conflicto se había distendido tras su intervención. Con toda simplicidad de corazón, Juan XXIII se alegraba de que Dios realizara Su proyecto a través de su ministerio"*.

IV

La pequeña fraternidad de hermanos en Roma se convirtió en un espacio de acogida y diálogo durante toda la etapa del Concilio. Cada día, para la comida y la cena, invitaban a obispos y teólogos. Refiriéndose a esos encuentros el Hno Roger escribe: *"En nuestro pequeño oratorio, empezábamos con ellos por una oración cantada. Después, alrededor de la mesa redonda, los temas variaban según recibiéramos asiáticos, latinoamericanos, africanos. Era bueno oír sus preocupaciones, descubrir lo que vivían en tierras lejanas. Cada día, a mediodía y por la noche, recibíamos tres, cuatro, cinco obispos. El cuarto año, tuvimos a veces algunas de las oyentes que fueron invitadas a participar en el Concilio.*

Las comidas eran sencillas, a veces desbordantes de alegría. La comida era frugal. Supimos que algunos decían entre ellos: "Antes de ir a comer a la casa de los hermanos de Taizé más vale comer algo" Había sobre todo arroz y salsa de tomate, un poco de vino, y siempre encontrábamos flores para adornar la mesa".

Estos encuentros fueron un momento importante en la aportación de Taizé al Concilio. Quiero traer el testimonio de algunos de los comensales.

Yves Congar ha escrito en *"Mi diario del Concilio"* (*"Mon journal du Concile"* Ed. Cerf) en las notas del 8 de noviembre de 1962: "A las 20 h. cena con los hermanos de Taizé. Han creado un clima propio en el apartamento que ocupan. Se habla mucho... Prácticamente en ninguna comida faltan invitados; a veces hasta cinco o seis obispos... Contribuye a crear el clima del concilio propiamente dicho".

Otra nota, dos años posterior, dice: "Esta noche, oración y cena con los hermanos de Taizé. Una vez más toco el milagro de esta creación. Taizé me parece un ejemplo brillante de respuesta evangélica y yo diría sacerdotal a la espera de los hombres" (18 octubre 1964).

Esa amistad continuó. Recuerdo al P. Congar por Taizé en un carrito de ruedas empujado por uno de los hermanos que recientemente ha publicado *"Fidèle à l'avenir, à l'écoute du Cardinal Congar"*. A los jóvenes responsables de la acogida, por las mañanas, nos hacía una introducción bíblica. Una de esas mañanas le escuché algo que nunca he olvidado: "Cuando queráis encontrar a Dios en la Escritura, buscad el amor".

Dom Helder Cámara en la publicación de sus cartas circulares, del 8 y 9 de octubre de 1964, nos aproxima a un ejemplo de las dificultades que se vivieron durante el concilio, a la vez que nos muestra un servicio hecho por Taizé durante el Concilio. Con una verdadera sensibilidad evangélica escribe: *"Después de recibir una llamada, el H. Roger acudió a la sede del Santo Oficio, el último domingo de septiembre. La visita se repitió en la fiesta de San Francisco. Era deseo del cardenal Ottaviani que el H. Roger asistiera a su Misa. El cardenal le suplicó una oración por él: "Pida a Dios me ayude a comprender y aceptar el Concilio. No es nada fácil. Sería más sencillo si yo fuera un joven. En mi caso, no puede ser sino obra de un milagro de Dios. Pero no quiero pecar contra la luz."*

Quizás sea bueno recordar que el cardenal Alfredo Ottaviani fue presidente del Santo Oficio, nombre antiguo de lo que hoy llamamos Congregación de la Doctrina de la Fe. También fue presidente de la Comisión Doctrinal preparatoria del Vaticano II y, después, de la Comisión Doctrinal durante los cuatro años de Concilio. Seguramente, Ottaviani es el símbolo más destacado de la resistencia tenaz, durante el Concilio, a los grandes cambios eclesiales que el Concilio quiso.

El 17 de Noviembre 1964, Dom Helder, escribe: *"Ya os he contado el encuentro conmovedor de Roger con el cardenal Ottaviani. 'Necesito verlo claro...De ninguna forma puedo permitirme pecar contra la luz'.*

Hoy, Roger me ha pedido vaya a cenar con él. La cena iba a servir para encontrarnos con el estado mayor de Informations Catholiques Internacionales y para ultimar mi visita a París. La cena sería también una oportunidad para agradecer juntos a Dios la Colegialidad. Pero, además, nos iba a permitir sentarnos a cenar en el mismo lugar ocupado ayer por el cardenal Ottaviani.

Tenga presente que el cardenal ha hecho en la capillita de los Hermanos de Taizé lo mismo que yo hago en todas mis visitas a la Familia de Taizé, rama de la Familia Mecejanense. Ottaviani rezó las completas con los Hermanos siguiendo el Breviario de Taizé. ¿No estamos ante un milagro? Si lo supieran en la Curia romana, algunos nostálgicos del pasado que están presagiando el fin del mundo ¿no serían presa de un ataque de pánico?

Roger logra de Ottaviani cuanto quiere. En mi opinión, el pobre cardenal (al que hoy conozco mucho mejor y al que quiero con todo mi corazón) sufre al ver que todos le temen. Cuando Roger se encuentra con el cardenal, lo hace como un niño que se lanza sobre un policía, le toca, le tira de la lengua... Bien sabe Dios que en esta imagen no hay ninguna falta de respeto.

¿A quién le gusta que le teman constantemente? En un primer momento, podría ver en ello una especie de halago para mi vanidad. Pero, después, resulta intolerable. Todos desean ser amados y para esto nos ha creado Dios. Todos desean amar. Éste es el mandamiento inscrito por el Señor en nuestro cuerpo y en nuestra alma".

Dom Helder nos muestra en esta extensa cita no sólo el clima de fraternidad vivido por Taizé durante el Concilio, sino también el drama íntimo que algunos conciliares experimentaron por sus resistencias a la hora de aceptar el Concilio.

Sobre otros modos de presencia en el Concilio, el hermano Roger escribe: "Cuando había cartas que escribir, textos que redactar, notas que preparar para expresar nuestro punto de vista si nos lo habían pedido, no nos era posible dedicarnos a ello más que al final de la tarde o durante la noche... Seguíamos de cerca la evolución de los textos del Concilio. Nuestro interés se centró sobre todo en las constituciones dedicadas a la revelación, la Iglesia, la liturgia, la Iglesia en el mundo en este tiempo, el decreto sobre el ecumenismo".

Para Taizé, en su fragilidad, "Acoger" siempre será mucho más que una palabra cargada de sentido. Roger mostrará una imagen de la Iglesia como un lugar de acogida y amistad. Lo vivido en la pequeña fraternidad romana durante el

Concilio dará su impronta al estilo abierto y dialogal en los encuentros de la colina y a la comunidad.

Otro hermano de la comunidad, queriendo "re-imaginar la Iglesia cristiana en esta hora de la mundialización", presenta la Iglesia como "Una multitud de amigos".

V

Que la influencia de Juan XXIII y el Concilio fueron decisivas sobre la comunidad lo muestra la misma historia de Taizé. En esas vivencias Roger encuentra una fuente de inspiración. Escribiendo sobre la última audiencia con el Papa, dice que: *"sabía mirar más allá de las situaciones inmediatas. No se amedrentaba por las amenazas de lo negativo. Durante este último encuentro con él, le vimos lágrimas en los ojos, porque, nos dijo, algunas de sus intenciones se habían malinterpretado. Fue para él la prueba por excelencia"*.

"Nuestro último encuentro con Juan XXIII tuvo lugar al 25 de febrero de 1963. Ahí se materializó para nosotros el punto de inflexión. Éramos tres, con mis hermanos Max y Alain. Aquejado por un cáncer, el Papa sabía que su muerte se acercaba. Uno de sus colaboradores, Monseñor Dell'Acqua, nos había asegurado que nuestra audiencia tendría lugar un día que Juan XXIII no sufriera. La entrevista se prolongó largamente, una hora entera.

Conscientes de que no le veríamos más, nos preparamos para escuchar una especie de testamento espiritual para nuestra comunidad. Sus palabras fueron tan lejos, que hoy, todavía, ante ciertas dificultades, me ayudan a seguir adelante. Nunca he contado todo lo que dijo en esa entrevista, para que la generosidad del Papa no sea mal interpretada".

Si Roger fundó una comunidad ecuménica en la que un grupo de hombres han elegido vivir juntos por ser cristianos, ha sido para ir por los caminos de la confianza y la bondad de corazón; pero también, para poder invitar desde el silencio a seguir a Cristo construyendo la paz, no aceptando ningún fatalismo.

Él escribe: *"El segundo milenio ha sido el tiempo en que muchos cristianos se han separado unos de otros. ¿Nos comprometeremos desde ahora, sin tardanza, desde el comienzo del tercer milenio, a hacer todo lo necesario para vivir en comunión y construir la paz en el mundo?"* (*¿Presientes una felicidad?*, 2001).

Él conocía bien que el camino ecuménico de la reconciliación no es fácil y que no pasa por su mejor momento; pero toda su vida ha sido un no a los fatalismos. Su existencia ha estado marcada por la belleza positiva de la confianza, impregnada del conocimiento del alma humana. Ha escrito: *"La confianza permite asumir riesgos, avanzar incluso cuando sobreviene el fracaso."* (Carta de Taizé 1999-2001). *"los más graves fracasos e incluso las situaciones menos soportables pueden ser elementos motores. Dios... construye también con tus pruebas"* (Carta de Haití, 1984).

Pero sabiendo que Dios *"nunca te conduce hacia el vértigo de los desánimos, con los cuales no propones más que la tristeza. Dios te lleva hacia realidades que disuelven las amarguras"* (Carta de Etiopía, 1988).

Quizás porque Roger tiene esa vivencia de la bondad de Dios, cuando miraba a los demás, incluido el Papa, escribía: *"En este hombre irradiaba la misericordia de Dios y la bondad del corazón. Había en él un rechazo a toda astucia humana. Cuando una prueba se le presentaba, decía simplemente 'Soy como un pájaro que canta en un matorral de espinas'. Cuando le veía, a menudo tenía conciencia de que me acercaba a la santidad"*.

Creo que desde una comunión así podemos ver realizándose en la comunidad de Taizé la aplicación de muchas intuiciones del Concilio Vaticano II.

En un arranque de sinceridad, con motivo de la muerte del Papa, Roger escribe en su diario: *"El 3 de junio de 1963, tuve conocimiento de la muerte de Juan XXIII, en el mismo momento en el que, con mis hermanos, íbamos a la oración de la noche. Al final de la oración me hubiera gustado decir en pocas palabras la profunda confianza que, a través de este Papa tan querido, se nos había concedido en el corazón de la Iglesia. Pero las palabras no salieron. Parecía que el suelo se había abierto bajo mis pies. De lo más profundo de mi ser surgía una pregunta: ¿Qué va a ser de Taizé sin Juan XXIII?"*

¿Por qué esos presentimientos en Roger? Quizás sabía que no todos en la Iglesia Católica tenían la misma mirada hacia Taizé que el Papa Juan. De hecho, en 1974, sin conocimiento del Papa Pablo VI, fue llamado por el Santo Oficio, porque había cierta inquietud en el Vaticano a propósito de los numerosos jóvenes católicos que acudían a la colina, y algunos de ellos comenzaron a entrar como hermanos en la comunidad. Roger se expresó afirmando que los jóvenes en Taizé "son invitados a profundizar su compromiso con su Iglesia". Y precisó su posición sobre la intercomunión: "... la relación entre cristianos divididos es asimétrica, cada uno aporta el don que él ha recibido". Dos días más tarde, el Papa Pablo VI recibió a Roger y le reveló que él no estaba al corriente de esa convocatoria. Y una manera de afirmarle su plena confianza fue enviar cuatro meses después, al cardenal Willebrands para la apertura del "Concilio de los Jóvenes".

Un papa posterior, Juan Pablo II, durante su visita a Taizé en octubre de 1986, expresaría la vocación de esta comunidad monástica en la Iglesia, con estas bellas palabras: "Queriendo ser vosotros mismos una 'parábola de comunidad' ayudaréis a todos los que encontréis a ser fieles a su pertenencia eclesial, que es el fruto de su educación y de su elección consciente, pero también a entrar cada vez más profundamente en el misterio de comunión que es la Iglesia en el designio de Dios".

VI

Quizás, sin la presencia de Roger en el desarrollo del concilio como observador y sin la amistad con el Papa Juan XXIII, nunca hubiera brotado la intuición de llevar a cabo un Concilio de los Jóvenes. De fondo: la presencia cada vez más masiva de jóvenes en la colina. Todo lo que supuso el mayo del 68 en esa generación, y el inicio de cierta decepción e impaciencia respecto a la aplicación de los documentos conciliares.

La preparación del Concilio de los Jóvenes duró cuatro años y generó múltiples encuentros en todos los continentes. Taizé propuso un tema para los trabajos de cada año. "Dar nuestra vida para que el hombre no sea más víctima del hombre" (Pascua 1971); "Imaginación y coraje para llegar a ser signos de contradicción según el Evangelio" (Pascua 1972); "Lucha y Contemplación para llegar a ser hombres de comunión" (Pascua 1973). En la Pascua de 1974 se anuncia la apertura del Concilio de Jóvenes que será del 30 de agosto al 1 de septiembre de ese año. Durante la apertura, Roger anuncia que irá a Chile donde se había producido un golpe de Estado. En la apertura del Concilio de los Jóvenes se publica la "Carta al Pueblo de Dios: Iglesia, qué dices de tu futuro?".

En 1979 el Concilio de los Jóvenes da paso a lo que se llamará "Peregrinación de Confianza a través de la tierra". Así se abrió un diálogo entre los jóvenes que van a la colina y la comunidad que los visita en sus lugares de origen, para afianzarlos en el compromiso con la Iglesia local, con sus barrios o en los lugares de estudio o trabajo. Cada vez más, estos encuentros de la Peregrinación de Confianza son una oportunidad para despertar la amistad entre un joven y una familia de otra tradición religiosa. Lo ecuménico abre al diálogo interreligioso.

VII

Durante el Sínodo de Obispos sobre la Eucaristía, en las intervenciones de los delegados de otras confesiones cristianas, el representante de la Iglesia anglicana, John Hind, obispo de Chichester (Gran Bretaña), preguntó "¿Cuándo es oportuno compartir la santa Comunión? ¿Cómo debe interpretarse la comunión pública por parte del protestante Frère Roger Schutz?". (Zenit 12/10/05).

La pregunta se hacía porque Roger, el hombre que inició su aventura escondiéndose en los bosques para cantar y rezar en solitario por respeto a los refugiados que acogía en su vieja casona de Taizé, fue visto recibiendo públicamente la comunión en la Plaza de San Pedro, de manos del que ahora es Papa Benedicto XVI.

La foto del hermano Roger en una silla de ruedas, acompañado por algunos de sus hermanos, recibiendo la comunión en la plaza de San Pedro con un rostro lleno de felicidad, ha dado la vuelta al mundo. Fue su última aparición vivo en los medios.

¿Cómo explicar que Ratzinger diera la comunión a un protestante? La respuesta para quienes se encierran en la "soledad de lo idéntico" fue demasiado simple: Roger se habría convertido al catolicismo en secreto.

Pero la cuestión es muy otra. Y mucho más sabia, profética y original.

El cardenal Walter Kasper en su lección Doctoral en la Facultad de Comillas el 30 de marzo del 2004 había dicho que: "El ecumenismo no es un camino de sentido único... la forma de llevarlo a cabo no consiste en una simple vuelta de los demás al redil de la Iglesia Católica."

Y el día de las exequias del Hermano Roger, el mismo cardenal, que presidía la Eucaristía en presencia de representantes de las demás iglesias cristianas, dijo de Roger que éste: *"Quería vivir **la fe de la Iglesia indivisa**, sin romper con nadie, dentro de una gran fraternidad. Creía, sobre todo, en el ecumenismo de la santidad, la que cambia lo más profundo del alma y que, por sí sola, lleva hacia la comunión plena. **Sí, la primavera del ecumenismo ha florecido en esta colina de Taizé, en esta Iglesia de la Reconciliación, en la que miembros de distintas tradiciones cristianas se reúnen en un marco de respeto y diálogo, en oración y compartiendo como hermanos, inspirados por la presencia y el ejemplo del Hermano Roger**".*

Incluso el Papa Benedicto XVI, el viernes 19 de agosto, en el marco de las Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia (Alemania), durante un discurso ante los representantes de distintas confesiones cristianas, dijo: "... quisiera recordar al gran pionero de la unidad, el hermano Roger Schutz, que ha desaparecido de forma trágica. Hacía mucho tiempo que nos conocíamos y siempre habíamos mantenido una cordial amistad [...] Deberíamos escucharlo, prestar atención a su ecumenismo vivido espiritualmente y dejarnos guiar por su testimonio hacia un ecumenismo interiorizado y espiritualizado."

No todos han comprendido la aportación del hermano Roger y el camino abierto por él. No todos han entendido su profetismo sabio, no impositivo. La pregunta hecha en el Sínodo de Obispos sigue preocupando a algunos. Quizás por eso se ha hablado de una oculta "conversión al catolicismo" intentado opacar su imagen y "recuperar confesionalmente eso que, justamente él, quería sobrepasar."

El 6 de septiembre de 2006, el periódico "Le Monde", se hizo eco de las conjeturas de Yves Chiron (cfr. su carta de información Aletheia nº 95 del 01/08/06) historiador vinculado a corrientes tradicionalistas, que lanzó la idea de que el Hermano Roger se habría convertido al catolicismo en 1972 y que lo habría mantenido en secreto, porque no quería "romper la comunión ecuménica" en torno a Taizé.

Ante la publicación de Le Monde, la comunidad de Taizé envió un comunicado explicando el camino recorrido por el hermano Roger, y dice:

"El hermano Roger, llevó a cabo un camino que no ha tenido precedentes desde la Reforma: entrar progresivamente en una plena 'comunión' con la fe de la Iglesia Católica sin una 'conversión' que hubiese implicado una ruptura con sus orígenes.

En 1972, el entonces obispo de Autun, Monseñor LeBourgeois, le dio, simplemente, la comunión por primera vez sin pedirle ninguna otra profesión de fe que el Credo recitado durante la Eucaristía, y que es común a todos los cristianos. Algunas personas que estuvieron presentes pueden atestiguarlo [...]

Este camino del hermano Roger no ha tenido jamás nada de oculto. En 1980, con ocasión de un encuentro europeo de jóvenes en Roma, se expresó públicamente, en la basílica de San Pedro y en presencia del papa Juan Pablo II, en estos términos: *'Encontré mi propia identidad de cristiano, reconciliando en mí mismo la fe de mis orígenes con el misterio de la fe católica, sin rupturas de comunión con nadie'*.

Esta afirmación vuelve a aparecer en su último libro, publicado un mes antes de su asesinato, y que está editado en España *'¿Presientes una felicidad?'*, en la página 90, dice: *'encontré...mi propia identidad de cristiano, reconciliando en mí la fe de mis orígenes con el misterio de la fe católica, sin romper la comunión con nadie'*.

Con motivo de esta cuestión, el periodista de La Croix, Jean-Marie Guenois, hace una entrevista al nuevo prior, Hno Alois, y entre otras cuestiones le pregunta: "¿Por qué tanta discreción en torno a aquello que quería que fuera un testimonio?"

Alois responde:

"Como este recorrido fue progresivo y completamente nuevo, era difícil expresarlo y comprenderlo. Resultaba fácil malinterpretarlo. Por ello, si se habla a este respecto sobre 'conversión' significa que no se ha comprendido la originalidad de lo que el Hermano Roger buscó.

La palabra 'conversión' implica una ruptura con sus orígenes. El hermano Roger aceptó que, para algunos, una conversión individual pueda ser un camino, pero para él mismo y para nuestra comunidad prefería hablar de 'comunión'.

Para él, entrar progresivamente en una plena comunión con la Iglesia católica se concretó en dos puntos que nunca mantuvo en secreto: recibir la eucaristía y reconocer la necesidad de un ministerio de unidad ejercido por el obispo de Roma."

A la pregunta directa sobre si Roger se convirtió o no al catolicismo, el nuevo Prior Hno Alois responde con claridad: "No, el Hermano Roger nunca se 'convirtió' formalmente al catolicismo. Si lo hubiera hecho, lo habría dicho, pues él nunca ocultó nada de su recorrido. A través de sus libros y escritos, a menudo como si fuera un diario, explicaba lo que descubría y vivía".

El Hno Roger ¿no realiza así las palabras ya citadas de Juan Pablo II: "fieles a su pertenencia eclesial y entrando cada vez más profundamente en el misterio que es la Iglesia en el designio de Dios?"

El pastor Gill Daudé, responsable entonces del servicio de relaciones ecuménicas de la Federación Protestante de Francia, escribió al respecto: "El hermano Roger

entró en un camino post-confesional o, por decirlo de otra manera, sobrepasó los enclaves confesionales. Esto nos parece insólito, parece ir más allá de lo que podemos imaginar, pero ese era su camino”.

Gill Daudé nos ayuda a comprender lo que Roger ha dejado claro con su vida, que se puede cerrar definitivamente aquella Reforma y sus heridas. Quizás uno de los deseos de muchos padres conciliares y del mismo papa Juan XXIII que había dicho: "Reconciliémonos".

Con motivo de este asunto también se ha pronunciado el obispo de Nanterre, Mons. Gérard Daucourt, miembro del consejo pontificio para la promoción por la unidad de los cristianos, en un escrito del 7 de septiembre de 2006 dice: “En los documentos oficiales para las personas ya bautizadas, la Iglesia católica no habla de conversión al catolicismo, sino de admisión a la plena comunión en la Iglesia católica. Hay muchas maneras posibles de llevar a cabo dicho camino, pero en todas, se requiere de un documento escrito y firmado. Ningún documento de este tipo existe concerniente al hermano Roger. Él reconocía, como todos sus hermanos, el ministerio de comunión universal del Papa. Compartía la fe católica en el ministerio y en la Eucaristía. Veneraba a la Virgen María. Quiso vivir esto sin romper con nadie. Era la posición que intentaba tener, no sin tensiones interiores, apoyada en la esperanza de una restauración cercana de la unidad visible entre todos los cristianos.”

El obispo de Nanterre termina su escrito diciendo: “El hermano Roger ha indicado un camino y ha abierto, a miles de jóvenes y adultos, las puertas para que el ecumenismo sea, sobre todo, un intercambio de dones.”

Una de las más originales aportaciones de Roger al ecumenismo ha sido: “Mostrar que la reconciliación es posible”. Como dice el nuevo prior, Hno Alois: “Ya no podemos buscar excusas para no reconciliarnos. Quedarán muchas cuestiones teológicas, pero ya podemos anticipar una reconciliación.”

Quiero terminar esta exposición evocando el día en que se inició este diálogo, este itinerario de reconciliación sin marcha atrás. Roger lo describe así:

"Algunos meses después del inicio de su ministerio, el 25 de enero de 1959, Juan XXIII anunció que iba a organizar un Concilio, para reunir a todos los obispos del mundo. Tenía la intuición de que un Concilio podía abrir las vías de la reconciliación. Según él, se trataba de desprender a la Iglesia de todo lo envejecido para darle un nuevo rostro sin arrugas. Un día escribió: ‘Estamos sobre la tierra no para conservar un museo, sino para cultivar un jardín floreciente de vida y de promesa a una aventura de luz’ [...]

Al inicio del Concilio, el impulso ecuménico era tal, que parecía que una reconciliación iba a eclosionar. Juan XXIII había corrido grandes riesgos. Contra la opinión de muchos, no había dudado en invitar a ortodoxos y cristianos de distintas adhesiones protestantes. Pidió perdón por el pasado. Estaba dispuesto a ir más lejos. Había declarado: ‘No haremos un proceso histórico, no buscaremos saber quien ha tenido razón y quién se ha

equivocado, las responsabilidades son compartidas; solamente diremos: ¡Reconciliémonos!"".

Cuando pienso en su martirio y en el de tantos otros que se han convertido en puntos de luz para los que somos peregrinos de la fe, comprendo mejor eso de que el "sufrimiento inmerecido es redentor", pero también me doy cuenta que, se haga la resistencia que se haga esta situación de ruptura y división puede y va a ser cambiada, porque son demasiados los mártires que han dando tantos golpes al muro de la intolerancia y la indiferencia, que no va a ser necesario saltarlo. Esa muralla ya se tambalea. El camino está abierto, sigamos empujando hasta hacerla caer.

La comunidad ecuménica de Taizé avanza por el camino abierto por Roger, a la escucha de los miles de jóvenes que acuden hasta la colina buscando respuestas válidas para hoy desde el mensaje perenne del Evangelio, manteniendo un estilo contemplativo y pastoral a la vez que canta, reza y trabaja por la unión entre las iglesias y los pueblos, abriendo fuentes de vitalidad.

Bibliografía:

- Frère Roger de Taizé: TE INVITO A LA ALEGRÍA. Próxima publicación.
- Lucia Ramón, Juan de Dios Martín Velasco, y otros: POR UNA IGLESIA, POR FIN, CONCILIAR. Fundación Universitaria G.J. Chaminade – Editorial Tirant Lo Blanch, 2011
- Jean Claude Escaffit y Moïz Rasiwala: HISTOIRE DE TAIZÉ. Ed. Seuil, 2008
- Frère John de Taizé: UNE MULTITUDE D'AMIS. Ed. Les Presses de Taizé, 2011
- Frère Émile de Taizé: FIDÈLE À L'AVENIR, a l'écoute du Cardinal Congar. Ed. Les Presses de Taizé, 2011
- Frère Roger: LA REGLA DE TAIZÉ / UNANIMIDAD EN EL PLURALISMO. Ed. Herder, 1968
- José Miguel de Haro: EN EL DESEO Y LA SED DE DIOS. Desde las cartas del Hno Roger de Taizé. Ed. PPC, 2003